

dre, llorad, y el perdón de Dios caerá sobre vuestra frente en esta postrera hora de agonía, y sublimada con el arrepentimiento, y regenerada con la aceptación de esta dolorosa muerte, podéis dirigir una mirada de lástima á la tierra que abandonáis, desde mundos mas bellos y cielos mas resplandecientes. Dirigid á Dios vuestras oraciones. ¿No habeis visto el trémulo resplandor de las estrellas? Es una oración. ¿No habeis aspirado el aroma de una flor? Es la esencia de un alma que sube en ondulaciones á Dios. ¿No habeis oído el canto de las auras ó el trinar de las aves? Son esa armonía, amorosos suspiros que se pierden en los inmensos cielos; y el sol que alumbrá á los astros, y la lluvia que refrigera á las flores, y la enramada que protege á las aves, es la mirericordia de Dios, que oye todas las plegarias y da á todas sus criaturas el instinto de su amor. Volved, madre mía, los turbios ojos al cielo.

—Me vuelves la vida. Me siento mejor. El veneno se ha dulcificado. Me parece que aun puedo resistir por unos breves momentos. Vé, hijo; vé por un confesor. Todavía Ernesto, sobra tiempo. Salió á la calle, y aun no habia abandonado la casa, cuando se dibujó en la pared de la estancia la sombra del francés.

## CV.

—¿Hombre cruel, vienes á gozarte en mi agonía?

—Vengo á morir contigo. Cansado de sufrir ya me he decidido por la muerte. En mi delirio no hallé otra esperanza. Yo te amaba, Luisa, mas que á mi mismo; te amaba con frenesí, y sin embargo he tenido valor para aplicar á tus labios ese breva, que acaba con tu existencia. ¿Qué haré de mí? Me aborrezco, y no encuentro muerte proporcionada á mis delitos.

—No traigas á mis oídos los presentimientos del infierno. Acabo de oír hablar del cielo, y mi alma se recogía en sí misma para pedir á Dios perdón.

—Misericordioso ha de ser Dios, si te perdona.

—No me martirices.

—Una mujer adúltera y criminal, sería una mancha en el cielo.

—¡Ay! me asesinas otra vez. Ten compasión... Me muero...

—Yo iré al infierno. Quiero arrastrarte conmigo hasta aquel antro de perdición. Dios no puede separarnos. Hemos nacido el uno para el otro. Allí nos reiremos con amarga risa de nuestros amores. Allí nos abrasaremos en el fuego de nuestros propios crímenes.

—¡Dios mio, Dios mio, compadéceme!

—En mal hora le llamas, en mal punto te arrepientes. Cuando ya no hay sangre en tus venas deseas purificar tu sangre. Cuando no hay vida en tu pecho anhelas por enmendar tu vida. Escarnio y mofa ha de ser ese importuno desvarío.

—Señor, yo te llamo.

—No le llames, porque no te escucha; que voz tan enferma y tan viciada no puede llegar hasta los cielos.

—¡Misericordia, Dios mio! ¡Misericordia!

—Dios. ¿Por qué no imploraste su amparo, cuando ibas á caer en el vicio? ¿Por qué no arrostraste la vida de los mártires, y ahora en tu agonía verías aparecer en las nubes la palma de la victoria?

—¿Quieres que me condene?

—Sí, Luisa, porque de otro modo no podría volver á verte.

—Hasta la eternidad me sigue este nefando, este maldito amor.

—¡Dios mio! dijo Edgard levantando la voz, maldicid esa pasión, y condenad á la mujer que la encendió en mi pecho.

—La puerta. ¿Oyes ruido? El confesor. Caridad... Salvación.

—No entrará, exclamó Edgard, cerrando con furia la puerta, y guardándose la llave en el bolsillo.

—Madre, madre, exclamaba Ernesto con desesperado acento.

—Oid, oid mi confesion sacerdote, de Dios, dijo Luisa arrastrándose hasta la puerta.

—Abrid, abrid, gritó el sacerdote.

—No puede ser, exclamó Edgard.

—Hablad, penitente, dijo el sacerdote; aunque no os veo.

—Vendí á mi marido, abandoné á mi hijo... ¡Ay!... ¡Ay!... yo muero... y...

—Y engañó á su amante, dijo Edgard abriendo la puerta al tiempo mismo que Luisa acababa de espirar.

—Madre... Madre... gritó Ernesto, cayendo sobre el cadáver.

El sacerdote, alzando los ojos al cielo murmuró la oración de los difuntos. Edgard salió como un relámpago de la estancia.

## CVI.

El amante se dirigió á casa del juez, é hizo la siguiente declaración:

«Doña Luisa Utiel, que acaba de morir en la calle de Fuencarral, número... cuarto 2.º, ha sido envenenada por mí, Edgard Chevalier. Hágase la autopsia, y se verá la verdad de mi declaración.»

Intútil es decir que Edgard fue encerrado en el saladero.

## CVII.

María por fin llegó á Madrid, último término de sus deseos. Con rápido paso se encaminó seguida de Antonio á su boharrilla. Su corazón palpitaba, porque el aire de la libertad es tan benéfico como las brisas que nos dan vida y contento. Pero María que jamás se vió libre de penas, fue víctima de un nuevo dolor, que amargó mas aun su ya amargado corazón. Cuando entró en su estrecha vivienda, se encontró á su padre tendido en un lecho, sin conocimiento, casi sin vida. En sus manos tenia una carta, en sus labios una amarga sonrisa, en su frente una nube de angustia y de muerte.

María se arrojó sobre la cama, é intentó en vano abrazarlo. Don Pedro la arrojó fuera de sí exclamando: «¡Tú no eres mi hija!»

María arrancó la carta que su padre tenia en sus manos, y leyó el siguiente anónimo.

«Don Pedro: sois muy condescendiente.

«Consentís en la desgracia de vuestra hija. La hemos visto en Aranjuez en casa de su amante. Ahora nos regalará con el dinero que el comercio de su honra le rinda, y poco os importará, con tal que comais vá tanta costa.»

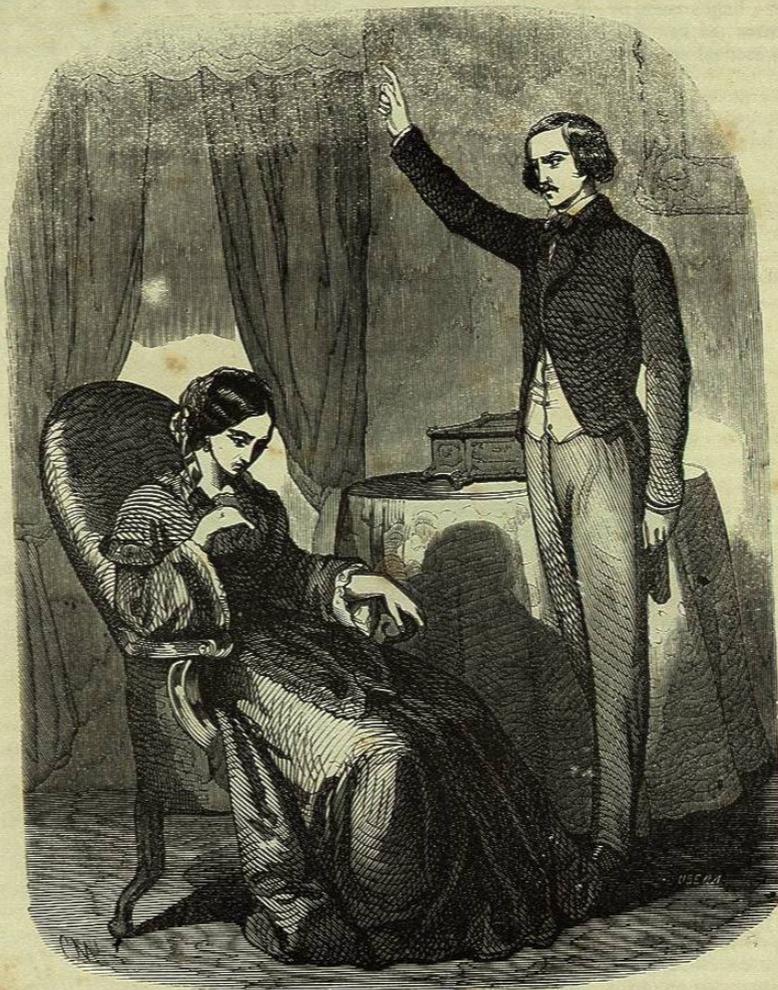
—Tú no eres mi hija, exclamó don Pedro mirándola con torvos ojos. Mi hija era un ángel de luz, era un retrato de su pura madre. Tú eres una mujer perdida, una mujer sin honor. Yo soy un malvado, que voy á asesinar á tu amante... Ja, ja, y don Pedro se reía con risa convulsiva y feroz.

Se le habia vuelto el juicio.

María cayó desmayada en el suelo. Antonio sollozaba á sus piés.

## CVIII.

Don Braulio, á quien el lector no habrá olvidado, estaba ya en Madrid cansado de la vida de provincia, que no es muy á propósito para grandes empresas comerciales. Con el negocio de su desgraciado casamiento se habia abierto una gran brecha á su mal allegada fortuna, y estaba muy ageno de imaginar que



ERNESTO Y LUISA.



algun día aplaudirá vuestro corazón, porque han de rendir más provecho á vuestras arcas que las minas de California.

—Muy largo me lo fias, vive Dios y por empresas imaginarias no gusto yo de arrojar al viento mis caudales.

—¡Largo os parece el plazo! Nada de eso. Mañana voy á declararme de oposicion; mi discurso hará palidecer á los ministros y temblar á los bolsistas. Mañana apenas despliegue mis labios, bajan horriblemente los fondos.

Prometo libertad al pueblo, turrón á los codiciosos, bienandanza á todos los partidos, rebaja de contribuciones, aumento de prosperidad general, y mis palabras derribarán las sillas ministeriales á do será llevado en triunfo para inaugurar la nueva era de paz, tranquilidad y progreso.

—Después...

—Después os haceis contratista. Yo ministro; vos empresario... No hay perspectiva más hermosa, ni ganancia más cierta, ni empresa más legítima ni que rinda más hermosos millones.

—Eso es imaginar á medida del deseo; pero yo que palpo la realidad y no me dejo llevar en alas de ilusiones, te digo: que desde hoy quedas exonerado de todo cargo en mi casa, cuyas puertas te se cierran; y ya sabes que ni ruegos me ablandan, ni promesas me engañan; y lo que yo digo se cumple, sino hacéos de miel y os comerán las moscas; dejad sin castigo estos delitos, y día vendrá en que el sobrino os pida la bolsa ó la vida.

—¡Tío, de aquí no me muevo aunque se hunda el mundo. Después que doy lustre á vuestra casa con mi poder y aumento á vuestros negocios con mi renombre; después que en el día de mañana tendréis á vuestra disposición una contrata de paja y cebada, con cuyos artículos engordan los hombres de pro; después que sabréis el secreto de todas las marchas y contramarchas diplomáticas, y podréis despacharos á vuestro sabor en la bolsa, venid ahora con esas salmodias y desbaratad en un momento mis colosales proyectos.

—Proyectiles arrojados á mi cabeza han sido ellos, que no proyectos; lo dicho, dicho; y á quien Dios se lo dé, san Pedro se lo bendiga. Un diputado puede aspirar á un gran destino que le rinda dinero, y le quite trabajo, y ahí está el quid; y si no te ves desamparado, no harás nada; que á buen hambre no hay pan duro; con que así, sobrino mio, despabila tu entendimiento, aguijonea tu voluntad, pide á tus protectores, que ellos, si te necesitan, han de regalarte de grado ó fuerza y cuando te sobre oro y poder acuérdate de lo mucho que has gastado y de las grandes deudas que conmigo tienes contraídas.

—Y me arroja á la calle.

—Como dos y dos son cuatro.

—Tío, apuesto á que me dais dinero ahora mismo en buena moneda.

—Trabajo más difícil que aquellos de Hércules ha de ser ese que te propones.

—Os tengo preso en las redes de un secreto. Se donde para vuestra mujer, aquella rubia de ojos azules, de sonrisa voluptuosa, de palabras dulcísimas; aquella beldad que huyó de vuestros brazos en la noche, que el deseo pintaba con tan hermosos colores, en la noche feliz en que os visteis por su fuga torpemente burlado.

—¡Eusebio!

—Si, mi adorado tío, si. Firmadme un pagaré de 10,000 reales, y vereis cuán pronto os pongo en plena posesion de vuestra propiedad. Y podréis llenar ese deseo que la infame burló, y ser feliz.

Las pasiones de don Braulio se despertaron en tropel alentadas por aquella risueña promesa.

—No te creo.

—Pues bien, no la vereis. Vuestra vida, que podía

pasar como un soplo en suaves goces, pasará como un destierro en el polvo del escritorio. Y no gozareis la lumbre de aquellos ojos.

—Pides demasiada recompensa para tan corto servicio.

—Pues bien, echaos á buscarla, que ya la encontrareis como si buscarais al Preste Juan.

—Eusebio. Te perdono tus deudas.

—Mis deudas no solo están perdonadas, sino redimidas. En premio de haberme dado unos cuantos azotes, y porque os bautizaron con el nombre de mi tutor, me dejasteis como el gallo de Moron; aun podíais venir á demandar deudas que por exceso os habeis ya cobrado.

—Vamos, sobrino mio, aplácate.

—¿Me dais lo que pido?

—No.

—Pues bien, quedad con Dios; y día llegará en que os arrepintais de esa negativa.

—Eusebio, Eusebio... gritó don Braulio al ver que se iba el sobrino con el secreto.

—La cantidad, la cantidad.

—No.

—Con la policía me basta para encontrarla.

—Difícil lo veo.

—Toma el pagaré.

—Dadme 5,000 rs. adelantados.

—Tanto no haré.

—Pues con Dios, dijo Eusebio; y cerró tras sí la puerta.

## CX.

Al salir Eusebio de su casa topó con Ernesto; en encuentro que no deseaba.

—Ola, mi amigo; doy gracias al cielo de haberte encontrado, que ya se iba dilatando mucho nuestra entrevista, según la cuenta de mi deseo.

—Que me place verte, Ernesto; porque en aquella tu maldita casa jamás tuve espacio para hablarte; tal era el cuidado con que Eugenia evitaba nuestra conversacion.

—Pues cuando te llegó la ocasion hablaste todo lo que te pedía el gusto, sin miramientos; sin discrecion; y esta es la hora en que vas á rendir cuenta de tus palabras y á dar razon de tu conducta. Pero entremos en un café, que no es bien dar comidilla á los curiosos.

Hicieronlo así; y arrellanados en sus asientos comenzó Ernesto á hablar de aquesta manera.

—Indiscreto y aturdido anduviste en tu broma, Eusebio; y muestras diste de que no conocias ni la galantería, ni la educacion. Insultar á una mujer desvalida es espantoso; insultarla á sus espaldas y con máscara, es achaque de cobardes. Te escribí una carta y no me contestaste. Conjeturo que no la habrás recibido, porque no te creo tan desalmado que no salgas en defensa de tu ofendido honor.

—Estoyte oyendo, Ernesto, y trabajo me cuesta dar credito á la realidad de lo que está pasando. Tú, tan entendido en leyes caballerescas, no podrás menos de confesar que te rendí un servicio, librándote de la deshonra, y que la mujer cuya fama defiendes, no merece ni una gota de sangre.

—Subterfugios son esos, que te dicta tu pobre corazón. Y al través de tus palabras, echaré de ver que temas á la muerte. Los insultos que prodigaste, fundados ó no, te los has de tragar envueltos en el plomo de una bala; y el servicio que me rendiste, yo te lo agradezco, empenándote en lance propio de tu carácter, y el más á propósito para mostrar tu rara habilidad en el manejo de las armas.

—No permita Dios que yo contigo, y por estas causas, querido Ernesto, me vea en un lance de honor. Semejante acto repugna á mi corazón, y mal de

mi grado se oponen á su consumacion los lazos del parentesco, que nos unen, y la justicia que me asiste.

—Pobres son tus reparos; y si como arguyes aquí, arguyes en el Parlamento, no te arriendo la ganancia. Los lazos del parentesco no existen, porque nuestros corazones se rechazan. Yo no tengo á nadie en el mundo. Ayer mismo ví morir á mi madre. Hoy he arrojado un poco de polvo sobre su cuerpo. Y mis ojos están secos.

—¡Tú tan sensible!

—La sensibilidad se agota cuando los padecimientos no dan un punto de reposo al corazón. Sin duda alguna Dios nos da la indiferencia para que no sucumbamos bajo el peso del dolor. Pero dejemos esto, que no me place gran cosa entrar en tan ardorosa materia; y elige armas y nombra padrinos.

—No haré tal, por las razones que sabes. Esa tu indiferencia nace, á no dudarlo, de tu despecho. Odias la vida, y la juegas á un albur. Yo soy un diestro tirador, y no admito desafíos que me aseguran una sangrienta y dolorosa victoria.

—Cobarde é infame eres por demás. A los cobardes se les desprecia, y á los infames se les castiga.

—Ten la lengua, Ernesto, que aun no conoces los puntos que tu primo calza.

Y volviéndose á los corrillos que siempre abundan en un café, gritó Ernesto.

—Caballeros.

Todos convirtieron los ojos á do estaban nuestros dos jóvenes.

—Este hombre, dijo Ernesto, es un cobarde; y en prueba de ello verán Vds. con qué impasibilidad recibe estos bofetones.

Y diciendo y haciendo, le sacudió al joven el polvo de lo lindo. Eusebio hizo una resistencia, pasiva y turbado, asarandeado, alargóle una tarjeta.

—Sé tu casa, contestó Ernesto. Mañana iré á buscarla. A las diez.

La justicia se deja en manos de una lucha. Ese es el desafío. La habilidad puede vencer á la inocencia. Pero estamos obligados á reverenciar las leyes convencionales de una sociedad. Los duelos en la edad media eran menos bárbaros que en los siglos presentes. Diré por qué. Una errónea creencia los justificaba. Los caballeros creían que el juicio de Dios embotaba las espadas de los culpables, y abría camino al inocente para llegar hasta el corazón de su contrario. En nuestras costumbres actuales espantan poco los duelos. Suelen empezar con golpes, y concluir con almuerzos. Tampoco es un juicio, porque las más veces ninguno de los contendientes tiene razon.

## CXI.

D. Pedro de Urgel estaba bastante aliviado. Las dulces palabras de María le convencieron de que aquel torpe anónimo era una burla sangrienta y una criminal calumnia. Pero la infeliz María se vió bien pronto presa de la más espantosa miseria. Llevó sus vestidos al Monte de piedad, y le dijeron que por su poco valor no podían admitirse en prenda de empeño. El Monte de Piedad es para los ricos. Los pobres en el día de un apuro van á llevar las sábanas de su cama ó los trajes de su vestir, á aquel piadosísimo monte, y se encuentran con que tales prendas no se admiten, porque son insignificantes.

De modo que solo los que tienen buenas alhajas encuentran entrañas en el establecimiento. Si por fortuna algun infeliz tiene un trapo de algun valor, sabe que se lo han de tasar en tan poco que para nada le sirve el despeñarse por el Monte. Esos establecimientos no se han de fundar en el lucro. Si su objeto es aliviar la desgracia, no pueden llenar su objeto, sino elevándose sobre toda especulacion. Así com-

prendemos que se le diera el nombre que hemos convenido en darle á esa pena. Pero cuando vemos salir á los infelices con el pecho oprimido y los ojos llorosos de un establecimiento benéfico, no podemos menos de clamar contra el abuso de insultar así á la desgracia. ¿Por qué se dice que tenemos Monte de Piedad, cuando no se perdona el interés, ni se reciben prendas de poco valor, ni se tasan estas sino en bajos precios, ni se abre más que ciertos días, ni en fin, se remedian allí nada más que los apuros de las gentes acomodadas? Esa es la causa de que los pobres prefieran las arcas de un usurero al Monte de Piedad. Un usurero les admite toda clase de prendas, aunque las estime en poco; y exige un interés exorbitante. ¿Pero cómo han de pararse en los intereses que han de pagar los que no tienen pan para aquel día? Tememos mucho habernos excedido. Nuestro deseo es que se mejore la condicion del pueblo por cuantos medios estén á nuestro alcance. Los que no tenemos para el pobre más que una mal cortada pluma, cumplimos con nuestra conciencia, poniéndola á su servicio.

## CXII.

Antonio para no dar pábulo á la maledicencia, se aposentó en la casa de María en un elevadísimo caramanchon, donde ni siquiera penetraba un benéfico rayo de sol. Bajo era el techo de aquella su caverna, negras las paredes, angosta su humeada ventana, lleno de hoyos el suelo y de rendijas la puerta, fria como los picos del puerto, tristísima como vivienda donde hace su habitacion la desgracia. Y allí estaba aquel hombre generoso, sin pan con que alimentar su desfallecido cuerpo, sin trabajo que le proporcionase algun alivio, sin más cama que una estera, sin más luz que un mustio resplandor del día y alguna solitaria estrella por la noche, desesperado de su condicion y dolorido al ver que nada valian sus fuerzas para remediar las desgracias de la infeliz María. Embebido en sus dolores estaba, cuando penetró llorosa María en aquel cuarto.

—¿Qué tenéis? le preguntó Antonio con timidez y recogimiento.

—Un dolor indecible. Mi padre malo; mi trabajo ninguno; mis prendas inútiles; mis fuerzas menguadas....

—¡Oh! He ido buscando trabajo, María, y nada he encontrado que fuese parte á mejorar nuestra suerte. Si fuera otro, se hubieran cerrado todas las puertas á mi esperanza. He recorrido los memorialistas, y me han dicho que diera en prenda una peseta. Si la hubiera tenido, no estaria hoy de ayuno. Pero no desesperes; yo creo que mañana encontraré trabajo con un albañil que conocí en el Sitio, y cuya amistad me dará tres ó cuatro reales diarios que podrán servir de algun alivio á nuestra desgracia.

—Pues mira, Antonio; ahí te entrego ese pequeño retrato de mi madre, engarzado en perlas y oro. Ve, y entrégalo al primer prestamista que encuentres. Es la única prenda que del amor de mi madre me resta. No puedo separarme de ella sin dolor. ¡A cuántas profanaciones nos obliga nuestra desgracia! Para el pobre nada hay sagrado. Ni siquiera le es dado guardar las reliquias de sus padres. ¡Oh, madre, madre mia! Ese tu mirar que tanto me anima, va á quedar eclipsado para siempre á mis ojos, que en vano buscarán sobre la tierra la sombra de tu imagen! Tener que empeñar el retrato de mi madre, es triste necesidad de la miseria. Si algun día no puedo redimirte, ¡te arrancarán esas perlas, ese oro, y acaso arrojarán á un muladar tan hermoso rostro. ¡Madre mia! y la infeliz lloraba con tan lastimada voz y tan sentido acento, que Antonio no podía contener el torrente de sus propias lágrimas.

—Vamos, María, no desmayemos. Tras estos días

de luto otros vendrán de dicha. El dolor no es dolor, sino en cuanto nosotros queremos que lo sea. Si levantáramos la frente sin recelo de lo que pasa á nuestro alrededor, seríamos como los cedros del Líbano, que ni el rayo los hiere, ni el huracán los conmueve. El no tener hoy un pedazo de pan con que alimentarnos, no debe ser causa de tanta lágrima, de tanto sollozo. Tal vez mañana tengamos de sobra lo que hoy echamos de menos. La suerte es varia, universal la desgracia; nuestros mezquinos dolores no merecen el tributo de una lágrima. Vuestro padre se ha salvado de la horrible enfermedad que le amagaba. ¿Qué mas podemos desear?

—Anda, Antonio, ve pronto á remediar nuestros males.

Y María sin mirar el retrato; conmovida lleno el pecho de dolores y los ojos de lágrimas, tomó el camino de su habitación por la estrecha escalera que subía al caramanchón de Antonio.

El pobre ex-ayuda de cámara iba haciendo para su sayo las siguientes reflexiones, mientras caminaba al acaso en busca de un prestamista.

La desgracia es la reina del universo. Todos los que pasan llevan oculto en su pecho un irrealizable deseo que les atormenta y hace su desgracia.

Yo no tengo pan y estoy hambriento. Ese magnate que pasa, tal vez anda desgano y sin gusto, teniendo las arcas llenas y los placeres sobrados.

Unos padecen de deseos, otros de hastío; pero todos padecen. Ese es el único consuelo que nos resta.

María tiene razón. Para el pobre no hay dignidad, no hay nada. Es el esclavo de las antiguas sociedades. No le ata, ni le castiga un señor; pero le ata y castiga el hambre: despota de los despotas. En cambio ha conquistado una libertad ilimitada, envidiable; la libertad de morirse por hambre. En vano buscaremos trabajo. Las mas veces no hay en qué emplearse. ¿Qué costaría á esos magnates poderosísimos formar una sociedad destinada á dar trabajo al que carece de él? Al fin y al cabo suyo será el provecho y nuestra la fatiga. El magnate para levantar una casa emplea sus caudales. Nosotros empleamos nuestras fuerzas, nuestro sudor. Al poderoso le rinde su capital poderosos intereses. A nosotros nos rinde nuestro trabajo unos cuartos para pasar un día de amargura mas en este triste y amarguísimo mundo, llegó á casa del usurero.

Al entrar vió un concurso numerosísimo de gentes que aguardaban audiencia. Los unos llevaban capas rolladas en el brazo; los otros lios de ropa; y á este tenor todos con las caras macilentas y los ojos nublados aguardaban el instante de abandonar sus prendas y recibir en cambio algun dinero. Despues de esperar largo espacio de tiempo se abrió una puerta y salieron varias personas tan tristes como las que en las antecámaras hemos visto.

Una voz agria anunció que todos los que esperaban podían entrar; y en efecto entraron á una habitación donde sentado á una mesa se hallaba un hombre tan feo como la usura. Era don Braulio.

—¡Mi viudedad! exclamó una desolada señora.

—Por espacio de ocho años habeis perdido todo derecho á ella.

—Me moriré de hambre.

El usurero se encogió de hombros y la viuda dió rienda suelta á su dolor.

—¡Señora! Si no teneis mas que hacer, estais de mas; y no griteis así; porque me duele la cabeza.

Al pobre Antonio una se le iba y otra se le venia como decirse suele. El corazón no le cabía en el pecho y tentaciones le daban de aplastar con sus puños aquella deforme cabeza.

—¡Esta capa! dijo un jóven.

—Miróla y remiróla el usurero y diciendo: Dos duros se dan por su empeño.

—Y me costó veinte y cinco y no se ha usado.

—Si no quereis, con dejarlo estar todo se remedia. No parece sino que cada prenda valga un mundo, y mi dinero no sea dinero.

—Vengo á ver cuánto importa, exclamó un hombre, el interés mensual que á V. rinden cuatro duros dados por razon de empeño.

—Rinde dos duros mensuales.

—¿Estais en vuestro juicio?

—Afortunadamente jamás he perdido por nada del mundo el seso.

Por fin llegó su turno á nuestro Antonio. Quedóse solo con el feroz usurero. El dolor de los desgraciados y la impiedad de aquel monstruo llenaron de amargura el generoso corazón de Antonio. ¿Quién no se indigna al ver á la avaricia explotando con tal descaro la miseria.

—Vengo á empeñar este retratito cuajado de perlas y engarzado en oro; pero vengo con el firme y decidido propósito de exigir su justo valor y hacer rebajar tambien el disparatado y criminal interés que exigis por estas pobres prendas que á vuestra casa trae forzada de su necesidad la miseria.

—Altanero venis; y no es modo ese de empeñar mi solicitud en vuestro socorro.

—Es tristísima esa solicitud y amarguísimo ese socorro. Por lo que andais solícito es por llenar vuestras arcas y si algo socorreis es la devoradora sed de riqueza que os aqueja. Desnudaís á los pobres de las ropas que los cubren y aun pedís que se os bese la mano como si derramárais muchos bienes sobre la desgracia.

—No es aquesta ocasion para entretenernos en vanos discursos y no estoy aquí para oír denuestos, sino para curar males. Sin mi, el hambre haria diariamente innumerables víctimas. Veamos esa prenda.

Antonio alargó con desconfianza á don Braulio el retrato.

—¡Calla! dijo mirándolo con sombrío estúpido. ¡Esta cara! ¡Esta alhaja! ¿Os pertenece esto?

—No hay para qué decir si me pertenece.

—Habeis robado este retrato.

—Estais apurando mi paciencia y nadie ha jugado impunemente conmigo.

—Pues decidme de dónde traeis esta alhaja.

—¿Os pregunto yo de dónde traeis vuestro dinero?

—Pues bien, tomad ocho duros.

—¡Ocho duros! Estais loco. ¡Ocho duros! No veis tal en mis días. El oro encerrado en su marco; las perlas que lo adornan valen un reino. Se conoce que acostumbrado á mirar el oro propio, no echais de ver esplendor alguno en el oro ajeno. Pero ó me dais lo que os pida por la alhaja ó de aquí no salgo, sin que os cueste cara mi salida. Al fin, de hambre he de morir, con que poco me importa la vida.

—¿Qué decis?

—Que vuestros crímenes están pidiendo justicia, y á veces Dios se cansa y envia brazos encargados de quebrantar la frente de los criminales.

—¿Y será el vuestro?

—¿No le considerais bastante fuerte para aplastar esa cabeza?

El usurero dió un grito agudísimo. Estaba solo con aquel hombre y temia mucho ser víctima de su justa venganza.

—¿Gritais, y quereis que un grito descompasado, me mueva á compasion? Cuando la viuda se arrastra á vuestros piés; macilenta, desfallecida, pidiendo el pan de sus huérfanos; cuando la esposa que ve á su compañero postrado en el lecho de muerte, os demanda una lágrima de compasion, un aliento de misericordia; cuando el pobre se desnuda para colgar en estas sombrías paredes su vestidura, despojo de esa insaciable avaricia; ¿prestais por ventura oído á sus sollozos, á su dolor, á su desesperacion? ¿Y quereis

que ese grito arrancado por el temor á una muerte cierta y vengadora, me conmueve, como si en mi pecho no hubiese fe ni amor á la justicia? Yo he visto aquí escenas horribles; he visto dolorosas lágrimas; he oído amargos ayes; y mi corazón latía indignado contra vos; que como el genio de la muerte heris sin compasion; sin remordimiento á los infelices que no tienen poder para defenderse.

—¿Tendrais valor para cometer un crimen?

—¿Es crimen matar al que intenta arrancar la vida á un infeliz con el puñal en la mano? Y vos que chupais la sangre del pobre, hasta hacerle morir de hambre; vos pedis misericordia y juzgais como crimen vuestra muerte. ¿Es crimen pisotear su inmundo reptil? ¿Y vos que habeis apagado el soplo de humanidad que Dios os infundió, quereis tener mas derechos á la consideracion de los hombres que un animal despreciable, pero inofensivo?

—Si creéis que obro mal, abiertas tiene sus puertas la justicia; acusadme.

—No gusto yo de acusaciones. Cuando mi inteligencia está convencida de una verdad, me parece poca cosa la autoridad de los hombres. ¿Haría algo un juez que no sepa hacer yo? Tal vez os condenaria con arreglo á leyes nacidas del enfermo entendimiento de un hombre. Yo os puedo condenar con arreglo al código eterno de justicia que Dios inspira á todas las conciencias. La miopía justicia humana necesita declaraciones, autos; yo, nada necesito. He visto el hambre, la miseria, la muerte saliendo de vuestra boca, como si salieran del infierno.

—Pero mi dinero no remedia una desgracia.

—No, ahonda mas y mas el abismo de la miseria.

—¿No es mas criminal que yo el potentado que ve indiferente morir de hambre á un pobre?

—No; porque al fin, si no le ayuda, tampoco le roba. Vos les dais un poco de veneno para que la vida les sea mas penosa y la muerte mas amarga. ¡Vuestro dinero! No puede ser propiedad el oro arrancado á la miseria en el potro del tormento. No puede ser propiedad el sudor del pobre, caído, gota á gota como otras tantas maldiciones sobre vuestras arcas. Estamos solos. Nadie nos escucha, la hora de empeño ha pasado y no vendrán mas infelices á llamar á vuestra puerta. Por aquí no se oye un rumor que demuestre haber persona humana en esta maldita vivienda. Yo soy un ser aislado. No espero felicidad en la vida; ni una lágrima en la muerte. Desprecio á los poderosos; pero soy todo de los desgraciados. Ahora mismo vais á decirme el capital con que contais y designarme los infelices á quien pertenece, ó sino apercibios á morir.

—Sois un ladrón, gritó don Braulio, esforzando la voz cuanto pudo para ver si la palabra *ladrón* podría traerle algun socorro. Estaba solo; porque el egoismo ni aun sombra que le acompañe tiene. Los remordimientos se levantaban en tropel allá en el oscuro fondo de su conciencia. ¡Ah! El hombre sin virtud que le anime, sin pasiones que le sustenten, sin religion que le una á lo infinito como la misteriosa cadena de las armonías enlaza y sostiene los astros en los espacios, sin altas ideas que den colores á su inteligencia, fuego á su corazón, sin el amor á la humanidad, que es el primero de los deberes y el mas sublime de los goces, es como un fantasma vaporoso perdido en lo vacío.

Así en aquel supremo instante luchaba y reluchaba en su conciencia y maldecía el instante en que pudo pasarle por las mientes la terrible idea de quedarse solo en medio de una sociedad donde tantos males habia ocasionado, y tantas desgracias debian, como lógica conclusion acarrearle esos males: que siempre va en pos del delito su castigo.

Don Braulio pensó en deslumbrar á su inflexible juez con el resplandeciente brillo del oro, pues en su sórdida y horrible avaricia, no comprendia que hu-

iera en el mundo almas capaces de menospreciar las riquezas, por cuya adquisicion habia apreciado en poco la virtud y dádose al crimen sin remordimiento.

Acercóse, como la astuta serpiente, al desgraciado jóven, y le dijo.

—Si desistes de tus propósitos un mundo de oro brotará á tus plantas.

—Castigar el crimen es ahogar el crimen, y ahogar el crimen es deber de todo hombre. Ni siquiera, me asegurais el arrepentimiento, insensato, y creéis salvaros, haciéndome vuestro cómplice.

—No, mis riquezas son legítimas. La Justicia humana jamás podrá arrebatarlas.

—Hé ahí mi pensamiento, donde no alcanza la vara de la Justicia humana, alcanza el invisible brazo de la Providencia divina. Dios me ha escogido para castigaros: que pesa mucho vuestra vida, remordimiento de la tierra.

—¡Oh! Mira, me has traído la felicidad. Habla, y verás como este hombre, que te espanta por sus crímenes, se convierte en un ser virtuoso, pronto á dar su vida por el bien de sus semejantes, pues ese retrato es un venturoso recuerdo de amor, que me enajena es de ella....

—¿De quién? preguntó con ansiedad Antonio.

—De María, de mi esposa.

Antonio crispó los puños, como si le poseyera una horrible desesperacion. Lanzóse sobre aquel asqueroso ser, y cogiéndole con fuerza del brazo, le arrastró hasta una ventana, y al pálido resplandor, que penetraba á través de los opacos vidrios, vió aquel rostro horrible por naturaleza, y mas horrible aun por el tinte, que el miedo esparcía en sus desencajadas facciones.

—¡Vos su esposo! vos pudisteis deslizaros en un corazón dado á la virtud; vos empañasteis con ponzoñoso aliento aquella pura frente, do se reflejan los cielos, vos, entregasteis á la miseria, á la desesperacion un ángel nacido para el amor, para el cielo, vos, sin considerar que el corazón no puede obedecer la voz de la voluntad, asesinasteis con la deshonra á un anciano, con la desgracia á una jóven, vos, por estos crímenes, que ponen espanto en su mente, dolor en el ánimo, debéis á Dios una cruel expiacion.

Y tomando, entre sus manos, la cabeza de don Braulio, como si quisiera aplastarla, dió con su cuerpo en tierra, y con fuerza tal, y tanta, le obligó á que golpease el suelo con la frente, que á los pocos minutos, herido, lleno de sangre, parecia próximo á espirar en horrible agonía; perdiendo, tan intenso era su dolor, el sentido.

Antonio, se lanzó, como herido de súbito pensamiento, sobre una caja, donde habia visto depositar á don Braulio billetes de banco, tomóla al par del libro de cuentas, y salió de la casa exclamando: «Con esto me basta para salvar á los desgraciados, que hayan perdido su felicidad en manos de ese hombre.» En efecto allí se encerraba casi toda la fortuna del miserable usurero. Con el libro de cuentas se propuso conocer los nombres y habitaciones de los seres desposeídos de todo lo necesario por la infame usura; con los billetes de banco socorrer solitario á su desgracia.

Estos dos pensamientos le sonreian; sin que le dejasen tiempo para pensar, si habia cometido ó no un crimen.

## CXIII.

Don Braulio no habia muerto. Su agonía era lenta. El fresco de la noche, que por una ventana penetraba, le devolvió el sentido; para que reconociese á la muerte. Pesábale con horrible pesadumbre la cabeza; y se le habia la lengua pegado al seco paladar. No respiraba; gemia; sus ojos se nublaban con nubes de sangre.